

LA CARIDAD

PAX VOBIS

Semanario Católico con censura eclesiástica

Cartagena 11 de Noviembre de 1916

AÑO XII

No se devuelven los originales

Redacción y Administración: Plaza de los Tres Reyes, número 2

Número suelto cinco céntimos

N.º 634

RESPECTO A LA IGLESIA

¿El Papa! ¿quién no se siente poseído de religioso temor en presencia de ese hombre que es el Vicario y es el representante del mismo Dios? ¿Quién no cae con la frente en el polvo ante ese venerable anciano vestido de blanco que personifica los grandes padecimientos, las grandes luchas y las grandes victorias del catolicismo?

Más de cien mil almas llenan la inmensa Basílica Vaticana; veréis allí todos los pueblos, todas las clases sociales, y hasta todas las creencias. En las tribunas ocupan un puesto de honor los Embajadores, los Príncipes, los Reyes. Reina el más profundo silencio. En medio de él oye el volutar de mil campanas... En esto allá sobre la puerta de entrada se oye el acordado y el melodioso ruido de muchas trompetas que batan marcha... La procesión comienza a desfilar. Pasan nubes de sacerdotes, pasan los Obispos de todas las Basílicas de Roma, pasan los Generales de las Ordenes Religiosas, pasan los dignatarios de la antecámara pontificia, pasan los Abades mitrados, pasan Obispos y Arzobispos, pasan los Cardenales... y al fin sobre andas de oro, entre nubes de incienso, aparece El, el rey de la humanidad, el Soberano del mundo. ¡El Papa!... y los corazones laten con violencia y las rodillas se doblan y los ojos lloran de alegría... y voces de infantes, parecidas a voces de ángeles al son de trompetas de plata, cantan allá en lo más alto de una cúpula gigantesca: *Tu es Petrus... Tú eres Pedro.*

En ese mismo momento quizás, en el corral, en la taberna, en la plaza, en el teatro, en la redacción del periódico impío un grupo de hombres sin religión y sin ciencia se mofarán de la autoridad y de los mandatos del Papa. Madres, miradlos bien... ¿no serán tal vez vuestros hijos?

Desde las cumbres donde reina el Pontífice Sumo bajemos a ese humilde viejo y carcomido altar donde ofrece la Hostia Santa un desconocido sacerdote.

Decía San Francisco de Asís: «Si encontrase en un camino a un ángel y a un sacerdote, primero saludaría al sacerdote, después al ángel. No cuenta la historia si al decir esto el santo se rieron los presentes; si hoy lo dijera, quizás sonreirían con desdén no pocos cristianos orgullosos.

O'Connell, el gran libertador de Irlanda, jamás se presentaba en la corte de Inglaterra, sin llevar consigo a un sacerdote. En los banquetes políticos que se daba en honor de O'Connell, le sentaba siempre en el sitio de honor y él no tomaba asiento antes que el mi-

nistro de Dios hubiera bendecido solemnemente la mesa, aun en presencia de protestantes!

De Bonal, uno de los más famosos filósofos contemporáneos, tuvo un hijo Sacerdote y en su presencia jamás se cubría. Preguntóle un día el motivo un íntimo amigo suyo y él con toda sencillez le contestó: «Entre nosotros dos, amigo mío, huelgan etiquetas: cubrámonos pues; pero delante de mi hijo, jamás... ¡Es sacerdotal!

El gran Emperador Constantino decía: «Si viera caer en un pecado a un hombre revestido con la dignidad sacerdotal, le cubriría con mi manto para que nadie conociera su desgracia».

¿Son estos los principios en que están educadas las generaciones de hoy?

De ultratumba

(CUENTO DE NOVIEMBRE)

Quando murió el pobrecito de don Ernesto no había en toda la casa ni dos reales.

La enfermedad había sido muy larga y muy costosa, como tisis pulmonar. La paga de capitán de infantería venía estrecha en sana salud, y en cuanto a reforzarla con ahorros de los tiempos de las *badas grifas*, en eso no había que pensar ni por sonación, siendo así que las once mil pesetejas a que dichos ahorros ascenderían, estaban en la casa de Bancarrota e Hijos, comerciantes de la plaza que habían tenido a bien hacer suspensión de pagos tan guapamente, cuando el bueno de don Ernesto necesitaba un río de oro; así para médicos y botica como para alimentos extraordinarios... para las mil zarandajas, heraldo precursor de la *pelona*, como llama la gente de Andalucía a la *pallida mors*, que diría Horacio.

Menos mal que cuando esta pulsó con su *aequo pede* el piso tercero, izquierda, donde el capitán vivía, los compañeros de arma del difunto, compadecidos de la precaria situación de la viuda y del enjambre de chiquillos, fruto del matrimonio, echaron un prorrato que dió por resultado unas... próximamente mil pesetas, que fué no poco dar, con lo que se pagó un funeral y transportes modestos, un ataúd lujoso con mucho terciopelo recortado y mucho áureo latón, una carroza a la Federica con caballos engualdrapados de terciopelo y empenachados de negras plumas y aurigas de empolvados peluquines, que no había más que ver; un nicho de tercera para el cadáver y hasta media docena de coches para el duelo, quedando lo sa-cinto para unos cuantos *babís* de coco negro para la prole y para un largo

velo de crespón, amén de unos *biagas* de lo mismo con que «agrayar» el tinte de luto a un vestido de cachemira negra que se arregló la viuda, poniéndole a la falda lo de arriba abajo y pasando las duras y las ma-luras para sacar los *buches* de las mangas.

¡Dios se lo pagará a todo, y nunca, nunca, olvidaría ella tan generosos amigos de su difunto!

II

Pues, señor, cuentan las crónicas, que el alma de don Ernesto estuvo en un tris si se contenaba o no. Pero la misericordia divina hizo que llegar el santo óleo cuando aún alentaba el infeliz (que si se retrasa el señor Cura el canto del pensamiento, se encuentra con el cadáver amortajado), y gracias a ese santo sacramento, especie de bautismo de la otra vida, que borra todo pecado y las reliquias de él, don Ernesto se salvó, como hemos dicho, saliendo de condena en el juicio, particular setenta y nueve años de purgatorio. Triste era esto, dicho sea en verdad, pero tortas y pan pintado al lado del infierno, del que se salvó por tabla, gracias a la ligereza del señor Cura. ¡El Señor se lo pagará, y se quedaba corto don Ernesto! ¡Ahí era nada verse en el purgatorio después de haber oído la chamusquina y el vaho a cuerno y a azufre de las calderas de Pedro Boterol...

III

El alma del capitán hizo-se muy amiga en la cárcel del purgatorio de las más de las ánimas benditas que allí moraban; que no hay lazo que una tanto como un mismo infortunio, ni infortunio que pueda correr parejas con el de verse privado, siquiera sea no eternamente, de la espléndida visión del rostro del Altísimo.

De entre todas las ánimas con quienes travó amistad, ninguna tuvo con él trato tan íntimo como la de una condesa que también se había salvado de milagro por lo que se escotaba para los bailes; alma que recibía diariamente una infinidad de misas por haber dispuesto en su testamento que se le aplicasen dos mil en el término de tres meses, y luego una diaria por agrupaciones de treinta, a fin de que resultaran de San Gregorio.

—Veo, hermanito—díjole cierto día el alma de la condesa—, que le manda a usted muy pocos sufragios. ¿Tan pocos amigos y tan ningunos parientes dejó usted por allí?

—Ni lo uno ni lo otro—contestó el capitán—; mis amigos lo hicieron muy bien con mi cadáver, y en cuanto a mis parientes, están muy apurados y no pueden hacer más que lo que están haciendo: rezar todos reunidos por mi alma, y...

—Si que rezan por usted, y hasta aquí llegan sus oraciones; pero lo que es de misas, perdone usted por Dios.

—Crea usted que no pueden los infelices. La viudedad de la pobre de mi mujer no alcanza para nada, y una casa de familia...

—¿Conque era usted casado?

—Sí, señora, a Dios gracias, y con una mujer que no me la merecía. Era más cariñosa y más buena para mí...

—No lo dirá usted por las misas que le manda.

—Si no puede, señora, ¡si no puede! Deje usted que cobre un crédito que le dejé contra la casa de Bancarrota e Hijos; verá usted como lo primerito que ella aparta del cobro es algo con que mostrarme que no me olvida, algo que certifique que, aunque la guadaña de la muerte haya cortado el vilo que unía nuestros cuerpos, nuestras almas siguen unidas por el amor. Es muy buena mi Laura, y me ha querido mucho. Su Angel de la Guarda me ha asegurado que está inconsolable la pobrecilla.

—¿Y tiene usted muchas esperanzas de que ese cobro se llave a efecto?

—Así se lo pido a Dios, por ella y por mis hijos. ¡Cómo que no, los pobrecillos no tienen nada más! Ayúdeme usted, hermana, con sus fervorosas oraciones al Señor, que las súplicas de las almas del purgatorio pueden mucho.

—Si que lo haré; desquile. Me inspiran mucha lástima las viudas y los huérfanos, y además que, aunque no sea más que por egoísmo, ya ve usted si querré yo que nos manden sufragios que nos alivien. ¡Ya usted ve!, cinco mil años que tengo que estar aquí, como las santas obras de los vivos no acorten el plazo de mi destierro.

—Pues años son.

—¡Y los años de aquí, que son como eternidades!

IV

Pasaron meses y pasaron años, y la casa de comercio Bancarrota e Hijos halló un comanditario poderoso y comenzó a pagar a tocatajas. Las oraciones de don Ernesto fué lo que alcanzó el milagro. La capitana viuda cobró sus pesetejas efectivas, aunque no los intereses.

Don Ernesto, que lo supo por el Angel de la Guarda de la misma, se apresuró a decirselo a su amiga la condesa.

—Pues que sea enhorabuena, don Ernesto, que sea enhorabuena. ¡A ver cómo se porta con usted!

—Como quien es, señora, como quien es; lo que toca a las misas de San Gregorio, esas por de contado. Y crea usted, señora, que sobre no hacer ella más que lo que debe, me pondrá una